

A continuación, encontrará un breve fragmento del capítulo de esta experiencia. El capítulo completo se compartirá en esta entrada una vez el libro esté publicado por Ediciones Uniandes.

Nos gustaría compartir qué es para nosotros la construcción de paz y cómo la hemos desarrollado en nuestro territorio. Para esto, contaremos nuevamente cómo surgió el proyecto, pero desde una perspectiva muy diferente: la contaremos mediante un cuento, una historia mágica que ha abrazado la región del Pato desde que empezó la experiencia de “Actuar la vida” hasta el día de hoy.

Este cuento empieza en un territorio donde sus pobladores no se encontraban muertos, pero tampoco estaban del todo vivos. Allí sus pobladores estaban en una condición familiar, pero no precisamente por falta de alimento, sino por falta de memoria, de conciencia de lo que se ha vivido en el territorio y también por falta de cultura. Al mismo tiempo para estos pobladores, más que para cualquier otra persona, era, y sigue siendo, muy importante el agua como símbolo de vida porque ellos viven en la región del Pato, donde queda un caserío que se llama Balsillas, y, en el que además su institución educativa tiene como apellido Ríos. Y aunque el agua en esta región está en todas partes, debido a la violencia que sufrieron durante décadas y al olvido de lo vivido, esta agua estaba muy dispersa. Tan dispersa que cada gota estaba tan alejada la una de la otra que, si alguien de fuera los hubiera visto, habría pensado que aquel lugar era un desierto.

Afortunadamente un día llegó una lluvia, que parecía tempestad, que ayudó a que algunas de las gotas que estaban lejos se volvieran a encontrar. Esa lluvia, que ya tenía el cielo gris hacía muchos días, empezó a caer sobre el territorio el dos de octubre del 2016, el día que el gobierno firmó la paz con la, en ese entonces, guerrilla de las Farc. La lluvia del proceso de paz hizo que lloviera memoria por la zona y así, el agua que antes estaba distante volvió a encontrarse. Esto fue lo que animó a que el agua empezara a buscar otros caminos, otras salidas, otros rumbos y volvieron a haber lagos, estanques, ríos en la zona.

Esa lluvia de la memoria llegó de una manera diferente que antes, esta nueva lluvia permitió tener otra imagen de lo que había pasado. Fue una lluvia que llegó con un relato distinto, ya no era un relato de odio o de rencor; por el contrario, esta lluvia llegó de la mano con un relato de reconciliación, de paz y de perdón. Esos lagos y ríos empezaron a mover cantidades de agua a través de la memoria y, allá, en la institución educativa Guillermo Ríos, surgió un manantial.

Cuando un manantial surge es porque el agua logra filtrarse por lugares estrechos, entre las piedras o porque el agua misma se abre un camino; busca con esfuerzo un lugar por donde escaparse para poder brotar. Así, llegaron muchas gotas de agua, provenientes desde diferentes lugares y en diferentes momentos a este manantial. Cada docente de la institución fue una gota que llegó, cada administrativo, cada estudiante, cada padre de familia, cada campesino, cada colono, cada miembro de la junta de acción comunal, el profesor de teatro, hasta la rectora de la institución y el presidente de AMCOC, fueron gotas que buscaron su camino hasta llegar a ser parte de ese manantial. Todas esas gotas de agua, que con esfuerzo, valentía y temperamento llegaron a la institución educativa formaron un hermoso manantial que empezó a hacer que todos los pobladores de la región se llenaran de cultura, de memoria e incluso que se sintieran orgullosos y empoderados del lugar en el que habitaban.

Este manantial, que poco a poco fue creciendo, iba rescatando, resignificando, pero sobre todo refrescando cómo se entendía y se mostraba el pasado que se vivió en el Pato, las historias de los Colonos, todo lo bueno que la lucha había traído al territorio, y todo aquello que los viejos habían vivido, empezó a tomar color, forma y movimiento. Porque las gotas no solo eran personas que se unieron al proyecto, pronto llegaron otras gotas en forma de materiales, de telas, de vestuario, de maquillaje, instrumentos, hasta de escenografías. E incluso llegaron gotas que tan solo con su mirada y su atención atenta lograron enriquecer aún más el manantial de la cultura y las historias.

Así que, con la participación de todas estas gotas, que quizá solas son tan pequeñas que las pasamos por alto hasta el punto de que nos parezcan insignificantes, con la unión y el esfuerzo de muchos, estas gotas lograron unirse hasta convertirse en un manantial que ante los ojos de cualquiera solo produce asombro. Además de todo eso, alrededor y dentro del manantial se creó un ecosistema.

Ese espejo de agua, que se ve aparentemente quieto, es el reflejo de cómo la experiencia misma ha pensado mucho lo que se hace en cada momento para poder generar vida, cultura y memoria en el territorio. De allí se alimentan y crecen muchísimas cosas, la casa de la cultura, otro río del territorio nació gracias a este manantial y es apenas un ejemplo de todo lo que de él ha surgido. Para que este manantial dure en el tiempo algunas gotas, más que otras, se han puesto en la tarea de proteger ese manantial, de cuidarlo constantemente para que cada vez que llueva se nutra y crezca; y para que cada vez que haya sol pueda salir de él el arcoíris de la memoria.

Porque la verdad es que lo que produjo este manantial en el territorio fue una magia tan grande que solo puede compararse con la de un arcoíris. Una magia que se siente cuando los niños y niñas están en el escenario y sienten como si estuvieran en el mejor lugar del mundo; la magia que sienten los colonos al ver que sus vidas están siendo representadas tal y como ellos las vivieron; la magia que sienten los profesores al ver que a sus estudiantes se les abrió un mundo de posibilidades al encontrar en las artes y en la historia una forma de vida; la magia que sienten todos los pobladores del Pato al darse cuenta que han resignificado su territorio, que ya desde afuera no los ven como un desierto, sino como uno de los lugares más ricos en cultura y diversidad. La magia llega a ser tan grande que el manantial brota cada vez que hay una obra en los ojos de cada una de las personas que están allí. Todos esos nuevos colores y posibilidades quedan resumidas de nuevo, en una gota, en una lagrima que ha visto cómo los habitantes de un lugar pasaron de no estar del todo muertos a estar completamente vivos.